

ESTUDIOS DE FÍSICA

EL AIRE

El ameno estudio de las ciencias físicas tiene por objeto conocer las principales cualidades de las materias inertes en sus diversos estados sólido, líquido, aeriforme y flúido incoercible, extendiéndose además al exámen de las acciones mecánicas que los cuerpos en estos respectivos estados ejercen entre sí, y las circunstancias que determinan sus movimientos.

Partiendo de estos principios, y sin descender á los multiplicados fenómenos que ofrece este curioso asunto, y para cuya explanacion se requieren nociones preliminares, pasamos hoy á exponer á la consideracion de los niños lo que es el aire, ese elemento indispensable á la vida.

No nos proponemos tampoco en este artículo describir científicamente todas las diferentes combinaciones del aire en sus numerosas aplicaciones, sino solamente tratar, con la sencillez y

claridad posibles, una materia tan interesante, poniendo al alcance de la más inexperta inteligencia ligeras nociones, que puedan ser de alguna utilidad para ilustrar su entendimiento. Dia llegará en que algunos de nuestros jóvenes lectores se dediquen á la física y á la química, adquiriendo entónces perfecto y detallado conocimiento en la materia.

El aire es un agente que tiene por principios constitutivos el hidrógeno, el oxígeno, el carbono y el ázoe.

La aspiración de cualquiera de estos gases aisladamente pudiera sernos en extremo nociva, y juntos se neutralizan de tal suerte que forman ese flúido indispensable y preciso para respirar y vivir.

Su elasticidad se demuestra por medio de la mudanza del volúmen; así es que, encerrado en un tubo, experimenta al momento una resistencia

considerable, producida por su tendencia á recuperar el volúmen primitivo: esta fuerza elástica se manifiesta tambien por la velocidad con que sale del vaso, produciendo un silbido agudo, y tanto más pronunciado cuanto mayor sea la presión que sufre; lo propio que acontece en una de esas vejigas de goma elástica, con que á menudo juegan los niños, que comprimen con fuerza para imitar el silbato de una locomotora.

El límpido y majestuoso azul que forma la bóveda celeste, obra es del aire. La voz humana, la música, los sonidos no penetrarian en nuestro oído sin que el aire exterior los condujera. El aire impulsa las velas de una embarcacion y la obliga á navegar con presteza contra las corrientes de las aguas, como hace girar las aspas de un molino.

Pero si bien este elemento es tan útil, tan importante y aún indispensable sobre todo á la vida humana, puede ser funesto cuando sus condiciones se cambian.

Los grandes huracanes que se producen por el desequilibrio de dos fuerzas iguales, ó sea el calórico y el frío, lanzan al hombre contra la tierra y talan, destruyen y rompen arbustos, chozas y plantas. Y si queremos buscarle en toda su pureza elevándonos sobre las altas montañas de los Alpes, de Suiza, Asia ó América, y más que todo en aparatos aerostáticos, le encontramos tan sutil y enrarecido, que hace la respiracion premiosa, y más de una vez tal imprudencia ha costado la vida á un aeronauta. Porque los globos suspendidos en la atmósfera tienden siempre á elevarse, sobreponiéndose á las capas ménos densas del

aire, á causa de que el gas hidrógeno que sus paredes encierran es un cuerpo mucho más ligero que aquel, como sucede en un corcho sumergido en la profundidad de una vasija ó de un lago, que tan pronto como se le suelte subirá á la superficie, por su menor gravedad específica, y porque la presión atmosférica que, aún cuando no sea perceptible á nuestros sentidos, obra en todas direcciones, produce el equilibrio, pues como ejerce presiones iguales por sus caras laterales y opuestas, cuya acción se anula recíprocamente y la presión de alto á bajo, que en parte se destruye por la de abajo á arriba, que se verifica en su superficie inferior, le hace perder una parte de su peso, precisamente igual al volúmen del aire que desaloja.

Los demas cuerpos, como que tienen un peso superior al de aquel flúido, ó al del aire atmosférico que nos rodea, obedecen siempre y de una manera constante á la inmutable ley de la gravitacion universal, que les impulsa hácia abajo; y por ligeros que parezcan y por grande el impulso que se les comunique, como sucede con los cohetes, en cuanto pierden esa fuerza artificial que el ingenio del hombre les imprime, el aire no tiene poder para sostenerlos, sino que caen en la tierra de donde partieron.

Otro fenómeno importante nos ofrece el estudio de ese elemento. A medida que nos elevamos á grandes alturas, ya sea por medios mecánicos, ya trepando á escarpadas montañas, como las que dejamos citadas, parece deberia aumentar el calor é intensidad de los rayos solares, y, sin embargo, sucede todo lo contrario: estos pierden de su calor y brillantez al paso que se as-

ciende, y son más intensos y fuertes cuanto más bajo y resguardado de las corrientes del aire se reciben.

Así sucede con el sonido de las campanas, que si es muy alta la torre en que se encuentran, más fuertes y agudos llegarán á nosotros los sonidos que escuchamos, al paso que estos se debilitan cuando vamos subiendo.

El aire, en fin, como todo lo creado por la sabiduría de Dios, es el princi-

pal agente de la naturaleza. Él condensa en vapores las aguas de los rios y de los mares, se alza sobre la superficie de la tierra en densa nube, cuya benéfica lluvia fertiliza los campos, embellece las flores y desarrolla los frutos; sirve de plano de sustentacion á las aves que cruzan nuestras ciudades, campiñas y valles, esparce el grato perfume de las flores, y despeja y purifica la atmósfera que nos rodea.

M. J. PASCUAL.



CUENTO DE SCHMID

EL HALLAZGO

En una ocasion comparecieron ante un juez dos campesinos.

El uno dijo:

—El señor, que es mi vecino, me ha vendido unas cuantas fanegas de tierra, y al labrarla he hallado enterrado un tesoro. Mi conciencia no me permite guardarle, porque al comprar el terreno ignoraba que estuviese allí.

—Yo, exclamó el otro, no puedo tomar ese oro, porque no soy quien le ha enterrado, y no me pertenece; al vender la tierra ignoraba tambien su existencia.

El juez, al contemplar tan honroso proceder, dijo:

—Puesto que os es desconocido el origen de ese tesoro, la hija tuya y tu hijo sé que se aman, casadlos, entregádselo á ellos, y será el cimiento de su fortuna.

Los dos labradores prometieron hacerlo, y se volvieron á sus casas llenos de alegría.

Un extranjero que presenció el juicio, exclamó en el colmo de su asombro:

—En mi país se hubiera terminado este asunto de otro modo. El comprador hubiera guardado el tesoro sin dar al otro una peseta, y de este modo no se habria divulgado el hallazgo: si á pesar de eso se descubria, el antiguo poseedor del terreno le hubiera reclamado el tesoro ante los tribunales, empeñándose así un ruidoso proceso.

El juez, interrumpiéndole, le preguntó con acento grave:

—¿El sol brilla en vuestro país?

—Ciertamente.

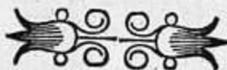
—Y la benéfica lluvia ¿rocia la tierra?

—Sí, señor.

—Es extraño: ¿pero tambien tendreis aves, rebaños, bueyes y vacas?

—¡Ya lo creo! en gran abundancia.

—Sin duda por esos inocentes animales, es por quienes Dios envia á vuestro país el sol y la lluvia, que vosotros no mereceis en verdad tales beneficios.



LOS HUERFANITOS



¿Veis qué tristes están esos pobres niños?... Son tres hermanitos que, en tan tierna edad, han perdido ya los seres que más necesitaban en el mundo. Han perdido á su padre y á su madre.

Tienen una gran fortuna y criados, y comodidades; una buena religiosa está encargada de su cuidado, y los ama mucho; pero les faltan sus padres, y por mucha que sea su fortuna, les falta todo.

Así crecen tristes los pobres niños, y acaso envidian ya á los niños pobres que carecen de toda fortuna, pero que tienen padres.

Amad mucho á los vuestros, queridos lectores, y pedid á Dios les conserve la vida.

EL BORRIQUITO



Contemplad ese ejemplo.

Tan malo, tan desaplicado, tan sucio y destrozado es Antonio, que el maestro, un hombre lleno de bondad, no tiene más remedio que usar con el rebelde discípulo de todo rigor. Ahí le teneis de rodillas, en cruz, y con las orejas de asno, siendo la irrisión de la escuela.

Dios os libre de semejantes trabajos; para ello basta que seais buenos, aplicados, juiciosos, aseados y obedientes, y tengais vergüenza, que es precisamente lo que le falta á Antonio.

EL MEJOR PAÍS

CUENTO

(Conclusion)

Las provisiones traídas del país de la Hermosura tocaban á su término, y era necesario tomar, por lo tanto, una resolución.

El tesoro parecia retener á Deseo, que no se determinaba á abandonar sus riquezas: el niño era rico, hermoso, alegre, pero ignorante aún.

Llegó un día en que se acabaron las provisiones, en que el hambre apareció de nuevo tal como se le habia presentado en el país de la Alegría, y era necesariamente indispensable tomar una resolución.

— Marcharé; pero llevaré el oro que mis fuerzas me permitan cargar.

Así exclamó Deseo, y así hizo. Recogió todo el oro que pudo buenamente llevar, viéndose obligado á usar de sus vestidos para contener el oro que llevaba sobre sí. El niño había recogido un tesoro; pero perdía, en cambio, sus vestidos, que ya no podrían servirle.

Y púsose nuevamente en camino, y la fatiga y el desfallecimiento vinieron en seguida sobre él.

El hambre debilitaba sus fuerzas, pero la avaricia, el amor al oro, hacían todavía posible la marcha, dando un mentido vigor á los miembros del niño. Y así continuó hasta que llegaron á tal punto la extenuación y la fatiga, que ambas dieron con el niño en tierra, privándole completamente de sentido.

Deseo volvió en sí; pero ya no estaba en el sitio donde la debilidad le había privado de conocimiento; se encontraba, con extrañeza, tendido en un blando lecho, cosa para él completamente desconocida.

Ya no sentía la fatiga que ántes le había hecho caer á tierra sin conocimiento; ya no sentía como ántes que la vida se escapaba de su cuerpo.

El primer recuerdo de Deseo al volver en sí fué para su tesoro; pero bien pronto pudo tranquilizarse respecto á él: el oro estaba allí, á su lado, tal cual él lo llevaba al sentirse desfallecer.

El niño estaba lleno de admiración: no comprendía lo que le pasaba, y así fué que tomó la resolución de gritar, por ver si alguien venía en su auxilio.

Gritó, y al punto un apuesto mancebo acudió á su llamamiento, acompañado de dos hermosísimas doncellas.

—¿Qué quieres? dijeron los tres al niño.

—Saber dónde estoy. ¿Por qué me hallo aquí?

—Te encuentras en los dominios del Bien, á quien tú, extranjero seguramente, no conocerás. Yo soy el Bien, estas doncellas son mis hermanas la Caridad y la Justicia; te encuentras en mi casa y puedes estar completamente seguro; el que al Bien se acoge, no tiene nada que temer.

—De modo, continuó el niño, ¿que estoy en el país del Bien?

—Sí; aquí no se conoce el Mal: la Caridad y la Justicia son las que reinan en mi nación en nombre mío.

—¿El Mal, el Bien! exclamó Deseo; estas mismas palabras las oí yo de mi padre cuando quise abandonar mi patria en busca de un país mejor.

—No hay mejor país que este: donde reina el Bien todos son felices.

—Pues, entónces, dijo el niño, me quedo en tu reino: yo quiero que me expliques lo que tú eres.

—Yo soy el Bien; y bueno es todo aquello que es conforme con la Caridad y la Justicia: por eso estos nombres los has visto en mis dos hermanas. Si quieres ser bueno, quédate aquí y aprenderás de mis hermanas lo que debes hacer.

—Sí; quiero quedarme... pero tengo una formal promesa que no sé si me lo permitirá. Mi padre me hizo prometerle que ántes de fijarme definitivamente en un país, había de consultar el contenido de una cajita que me dió, y que conservo con mi tesoro. Ha llegado, pues, la hora de ver lo que la caja contiene.

Así dijo Deseo, y buscó inmediatamente entre su tesoro el recuerdo de su padre, el legado de sus antepasados; la misteriosa caja que ni un momento

se habia separado de él. La abrió; y abierta, sólo vió en ella una brillante placa de acero que contenia una inscripcion. El niño conservaba la ignorancia de que estaba lleno en el país de la Nada, y así es que no sabia lo que la inscripcion queria decir, ni tampoco si aquello podia significar algo: ignoraba completamente la lectura; no sabia siquiera que se pudiesen manifestar los pensamientos por medio de la escritura.

—¿Qué dice? le interrumpió el Bien.

El niño se quedó admirado, sin saber siquiera lo que queria decirle, y el Bien comprendió que Deseo era un ignorante.

—Voy á leerte la inscripcion de la placa, ya que tú no sabes leer; aquí dice lo siguiente:

«No es posible la felicidad sin ser bueno de corazon. El país mejor es aquel en que el bien más se practica, aquel en que más se ejerce la caridad y la justicia; pero no es posible ser justo y caritativo sin ser bueno, ni comprender el bien sin tener la necesaria instruccion. Por esto, pues, el que sea bueno é instruido, el que viva allí donde impera el bien y la instruccion, será completamente feliz.»

Esto leyó el Bien; y despues, dirigiéndose al niño, le dijo:

—A tí te falta una circunstancia esencial para vivir aquí, para cumplir el deseo del que te ha dado esa cajita, y con ella esa máxima preciosa que te he leído.

—Yo quiero instruirme; yo quiero vivir dichoso con mis padres en el país del Bien, decia el niño; yo tengo hermosura, alegría, riqueza; sólo me faltan el bien y la instruccion.

—Pues entónces, hijo mio, dijo la

Justicia, es necesario que busques á tus padres, que vayas con ellos al país de la Instruccion, y despues que salgas de allí completamente instruido, despues que pierdas en él la ignorancia que traes del país de la Nada, podrás vivir en mi reino, en el reino de mi hermano el Bien. Ve, pues, á tu antigua patria, y cuando vuelvas con tus ancianos padres, y ellos y tú traigais la instruccion que necesitais, entónces y sólo entónces ocuparás un lugar en el reino del Bien. Yo guardaré aquí tu tesoro, y marcha seguro, que nadie podrá cuidar de él mejor que yo.

El niño, satisfecho con estas palabras, determinó ponerse inmediatamente en camino, y así lo hizo, habiendo recibido ántes de la Caridad nuevos vestidos y abundantes provisiones. Iba en busca de sus padres, completamente satisfecho.

Algun tiempo despues, Deseo y sus padres volvian al país del Bien. Habian recorrido los mismos países que el niño primeramente recorriera, y estado ademá en el país de la Instruccion, donde habian aprendido en poco tiempo todo lo necesario. Por esto, pues, podian establecerse en el país del Bien, y vivir en el reino de la Caridad y la Justicia.

Así lo hicieron, y como esta última guardaba el tesoro de Deseo, no tuvieron más que recogerlo á su llegada á la que iba á ser desde entónces su nueva patria.

Allí fueron tan felices como podian apetecer, y Deseo tuvo la dicha de casarse con la Caridad, hermana del Bien, pudiendo así disponer en bien de los pobres de su tesoro.

Nada le faltaba, por lo tanto, al niño que habia sido obediente á sus padres,

y que, ya hombre, tenia la felicidad de vivir en *el mejor país*, y de tener por esposa á la mejor de las virtudes, *la Caridad*.

Ojalá, queridos lectores de Los Ni-

ÑOS, que todos vosotros querais, como Deseo, buscar el mejor país, y encontréis el del Bien, acompañados ó unidos con la Caridad.

Puerto de Santa María, 30 Diciembre, 1871.

E. THUILLIER.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

XXI.

TERMINA LA LECCION INTERRUMPIDA.

¿Qué habreis dicho de mí, queridos lectores, al ver el apuro en que me puso mi poca memoria en el artículo anterior?

Yo, os lo confieso con franqueza, si hubiera podido siquiera prever que tal cosa habia de acontecer, no hubiera emprendido esta tarea de contaros las lecciones de mi amiguito.

Olvidar la explicacion de Carlitos era poca cosa; pero olvidar el fin de una leccion cuando estaba escrita parte de ella, eso era más triste todavía, y sólo á mí podia sucederme.

¿Qué hacer, teniendo ya casi concluido el articulito?

¿Podia acaso inutilizarlo y esperar á recordar lo olvidado?

Tal vez era esto preferible, pero la idea de que habia trabajado en balde si rompía mi escrito, me hizo declarar mi ignorancia, suponiendo desde luego que vosotros, queridos niños, no mirariais mal por eso al que escribe estas líneas sólo para vosotros.

¿Por qué no habrá el autor, tal vez haya dicho algun niño de los que leen

este tratadito, por qué no habrá mirado un libro de geometría, y seguido por sí la leccion de Carlitos?

Por dos cosas: primero, porque yo no entiendo mucho de esta ciencia y podia haber cometido algun disparate; y segundo, porque yo quiero conservar en todo, como os dije en mi artículo anterior, el carácter que mi queridísimo amigo supo dar á sus explicaciones.—Bien: ¿y á qué viene esto? direis; ¿por qué no nos decís ya si habeis visto á Carlitos?—¿Qué impaciencia! No podeis aguardar á que yo os lo comunique, que ya venis preguntándomelo?

He visto á Carlitos; sí, y sé ya lo que él dijo para terminar la leccion que yo dejé interrumpida. Podeis, pues, estar tranquilos: *la geometría de los niños volverá á continuar*. ¿Qué chasco si mi amiguito no hubiera querido decirme lo que yo habia olvidado, ó hubiese él tambien padecido el mismo olvido que el que escribe estos renglones!

¿Qué hubierais dicho vosotros de mí? ¿qué hubiera dicho el director de esta revista, que con tanta galantería me ha cedido las columnas de su periódico

en la confianza de que yo era capaz de escribir las lecciones de Carlitos?

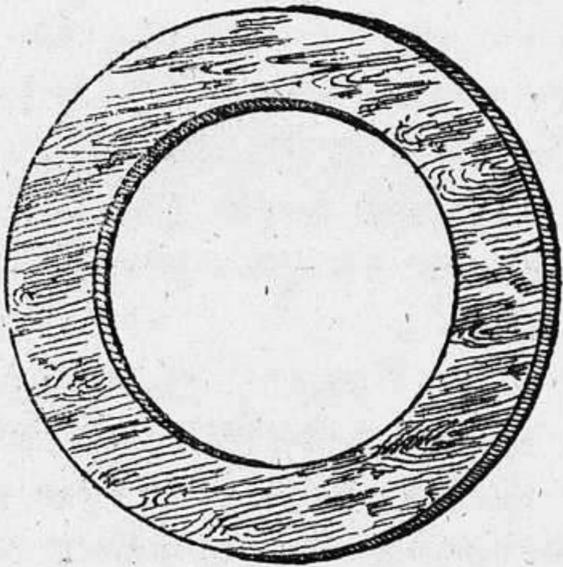
Pero todo se ha arreglado: gracias á Dios que me veo libre del compromiso.

Mi amigo Cárlos, pues, me ha explicado el fin de su leccion, y yo, por lo tanto, voy á exponeros lo que él me ha dicho.

Despues de haber tratado del sector y del segmento, pasó á tratar de la *corona ó anillo circular*. Es esto una cosa que todos conoceis, pues todos habreis visto un anillo en los dedos de vuestros papás, de vuestras mamás ó hermanitas, ó tal vez en los vuestros.

Mirad una copia de la que Carlitos presentó á sus discípulos y que me ha enseñado hoy, que he ido á visitarle. Mi amigo conserva, como recuerdo gratísimo, todas las figuritas que mostró en su cátedra: es una gran cosa el infantil profesor.

Ved, pues, la corona :



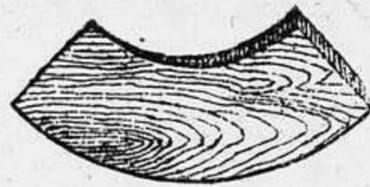
Ahora bien, queridos niños, ¿qué creéis que es un anillo ó corona circular? Si os acordais de la piedra tirada al agua, que forma una serie sucesiva de circunferencias concéntricas, vereis que *el anillo es la parte de círculo comprendida entre dos de estas*.

Además de esto, me ha dicho Carlitos que trató del trapecio circular y de

la semejanza de los círculos: como me ha recordado su explicacion, voy á deciros lo que él me ha referido hoy.

Trapecio circular es la parte de corona comprendida entre dos radios. Se parece mucho al trapecio, de que ya tratamos en los cuadriláteros, y si no tuviese formados por líneas curvas los lados que en el que ya conocemos llamamos *bases*, podia ser completamente igual.

Ved aquí la copia del que Cárlos me ha enseñado, y que éste llevó á su clase cuando explicó la leccion, cuyo final por mi mala memoria olvidé. Es un trozo de corona; vosotros, sin saberlo, no hubiérais supuesto, tal vez que podia tener un nombre particular.



Por último, habló el jóven profesor de la igualdad y semejanza de los círculos. Estas figuras no necesitan como las demas muchas condiciones para ser semejantes: en esto no son como la mayoría de las personas, que ninguna quiere parecerse á otra. Son los círculos unos señores grandes partidarios de la igualdad; tanto, que como os he dicho no necesitan ninguna circunstancia para que entre todos exista la más completa semejanza. Sí; *todos los círculos son semejantes, y todos los que tienen radios iguales, son iguales*. Ved, pues, cómo estos señores son insignes partidarios de la igualdad; indudablemente son desinteresados y despreocupados en demasía cuando no se cuidan de manifestarse con alguna particularidad que los distinga entre sí. Si

los señores círculos formasen una nacion, mal habia de estar entre ellos el servicio de policía: seria imposible averiguar el autor de una falta en una nacion en que todos los hombres fuesen iguales.

Lo que acontece en los círculos pasa tambien en los anillos, *todos son semejantes entre sí*. En estos para ser iguales debe existir la misma circunstancia que en aquellos: *tener iguales los radios*.

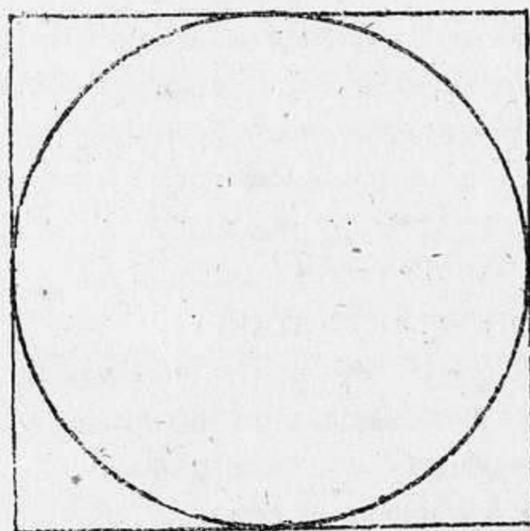
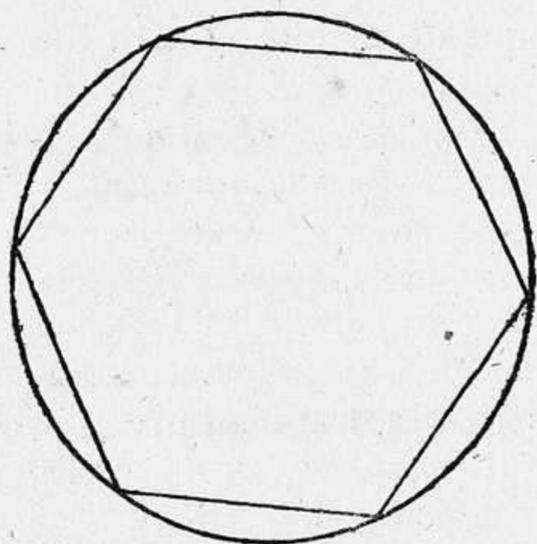
Terminó Carlitos su leccion explicando lo que acabo de mencionaros; pero aunque así fué, me ha indicado la

conveniencia de que os exprese aquí los dos modos cómo un polígono puede hallarse en la circunferencia.

¿Quién hubiera podido deciros que mi mala memoria habia de ser provechosa para vosotros? Pues así ha sido; y por ella sola vais á saber lo que es un polígono *inscrito* ó *circunscrito*.

Se llama inscrito al polígono que está formado por líneas que son cuerdas de una circunferencia; y si los lados son tangentes á la misma, entónces se denomina circunscrito.

Ved aquí representados dos que reúnen estas circunstancias.



El primero es un exágono inscrito; el segundo un cuadrado circunscrito.

Todos los polígonos pueden inscribirse ó circunscribirse en la circunferencia; pero si los lados disminuyen de longitud aumentando en número, sucede que la figura inscrita llega á confundirse completamente con la circunferencia. Por esto no son apreciables los polígonos de un número infinito de lados, y sólo se consideran en corto número.

Ahora, pues, he podido deciros esto de que traté por incidencia há ya algu-

nos artículos, diciéndoos entónces que á su tiempo os hablaria del particular.

Ya conoceis todas las figuras, y me resta para terminar la primera parte de este trabajo enseñaros á averiguar la extension de las diversas que hemos ido tratando en amistosa union vosotros y yo. Esto queda para el siguiente articulito, último, como os digo, de esta parte de la geometría, aunque no de este tratadito, que desde luego pienso terminar si, como espero, tiene algun atractivo para vosotros.

E. THULLIER.



PASAJES BÍBLICOS

COMPUESTOS EXPRESAMENTE PARA ESTA REVISTA

III.

EL SOPLO DE DIOS.

Niños bellos, ya sabeis
que Dios el mundo crió,
con los portentos que veis;
su gran poder no olvideis,
y la virtud con que obró.

Virtud que tachona el cielo
de rutilantes estrellas,
é infunde dulce consuelo
en el que con santo anhelo
sigue de la fe las huellas.

Fe que enseña los primores
y asombrosas maravillas
de las plantas y las flores,
que arrullan con sus amores
las parlerasavecillas.

Fe que muestra los portentos
que en la tierra y en los mares
levantan gratos concertos,
dando plácidos acentos
de misteriosos cantares.

Fe que del cielo bajó
entre las obras hermosas
que el poder de Dios crió...
en seis dias las formó
con sus manos dadivosas.

Mas ántes de descansar
el dia sétimo, quiso
su obra santa terminar,
y se dispuso á formar
al gran rey del Paraiso...

¡Dia feliz! ¡Bello dia
de inefable bendicion,
en el que el Eterno cria
un sér que al mundo venia
á ser rey de la creacion!

Con voluntad bienhechora
y magnificencia augusta,
Dios brilla en tan fausta hora,
vibrando su voz sonora,
voz poderosa y robusta:

«Ántes de al cielo volver,
»que es la inmensa habitacion
»de mi siempre Eterno Sér,
»quiero ostentar mi poder
»en toda su perfeccion.

»En el consistorio santo
»de mi excelsa Trinidad,
»una en esencia, y por tanto
»cubre el misterioso manto
»de mi misma eternidad,

»Estaba ya decretada
»del hombre la formacion
»hermosa y privilegiada;
»y creacion tan delicada
»llama toda mi atencion.

»¡Hagamos al hombre!... Sea
»en el acto y sin tardanza;
»y mi voluntad desea
»que en su inocencia yo vea
»mi imágen y semejanza.

»Mi imágen lleve esculpida
»esta creacion especial...
»¡Á esta estatua tan querida
»yo le infundiré la vida
»con mi *aliento celestial*.»

Dijo, y con bondad se inclina
á la tierra; toma barro
su mano santa y divina,
y traza la peregrina
forma de un cuerpo bizarro.

Lleno de sabiduría,
como afamado arquitecto,
con simétrica armonía
y admirable maestría,
forma un sér noble y perfecto.

Formado el hombre, quedó
en una profunda calma:
Dios su hermosura admiró,
y con su *soplo* infundió
en él la virtud del alma.

Vida, amor y movimiento
por el cuerpo se derrama;
y piensa el entendimiento,
y brilla en el pensamiento
de la inspiracion la llama.

Y con fina voluntad
el alma y el cuerpo unidos
con recíproca amistad,
rinden al Dios de bondad
sus potencias y sentidos.

Y esbelto y majestuoso
descuella por el Eden
el hombre bueno y hermoso...

¡En él brilla el misterioso
soplo del Supremo Bien!

Desde vuestra edad temprana
id, niños míos, en pos
de la santa fe cristiana,
y ved que es el alma humana
hija del *soplo de Dios*.

FRANCISCO REIG Y LLOPIS.

HAZ BIEN...

(CUENTO)

I.

El invierno había agostado los campos.

Los árboles se habían desprendido de sus hojas, mostrando sólo sus brazos descarnados.

No había flores: la tierra no daba ya frutos.

El viento, cada vez más helado, tronchaba furioso las ramas secas de los arbustos, que caían violentamente arrastradas, lanzando un sordo gemido.

La nieve cubría la campiña, blanqueando las casas y los montes.

Hasta el sol se había ocultado y apenas enviaba al mundo débiles resplandores de su inmensa luz, á través de la densísima niebla que se extendía entre el cielo y la tierra.

Triste estaba el valle y la aldea, triste el horizonte.

La vida parecía extinguida.

La naturaleza durmiendo el profundo sueño de la muerte.

Ni una piedra, ni una mata había en toda la extensión de terreno que abarcaban los ojos, que no estuviera sepultada entre la nieve.

Era en el mes de Diciembre del año 1870.

II.

Amanecía.

Los habitantes de una pequeña aldea situada cerca de esta corte abrían las ventanas de sus casas saludando al nuevo día.

Y todos abriendo surcos entre la nieve, se encaminaban á los pueblos vecinos, en busca de trabajo.

El humo, que se elevaba al cielo desde las chimeneas de estos modestos lugares, se confundía con la niebla palpable que envolvía al pueblo.

Ni un solo pájaro cruzaba el espacio.

Los pájaros habían huido á otras regiones más templadas, porque ellos son la alegría y no viven donde sólo reinan la tristeza.

Apénas empieza el otoño á marchitar las flores y á secar las hojas de los árboles, cuando no queda una rama libre de los estragos del invierno donde poder colgar sus nidos, cuando todo está mustio y sin vida y no encuentran las pobres aves ni una mata con qué alimentarse sino sólo el peligro de morir azotadas por la nieve, huyen á otras zonas en que la temperatura es más benigna y la vegetación les ofrece medios de subsistencia.

Únicamente los pájaros ya viejos,



los que no tienen fuerzas para emprender el viaje, los que han de quedarse cuidando el nido donde acaban de nacer sus hijos, son los que desafiando los rigores de la estación permanecen escondidos en el hueco de un tejado, en la grieta de una peña, buscando anhelantes un poco de alimento con que poder vivir y mantener á sus hijos hasta que la primavera, desgarrando el velo de tristeza que cubre al mundo, el sol desheliendo la nieve y los campos llenándose de flores y plantas, vuelvan á inundar la tierra de alegría. ¡Qué sería de estas pobres aves, condenadas á morir de hambre ó de frío, si una mano generosa no velara por ellas!...

En una de las casas del pueblo de que hablo hay una niña rubia, de seis años, una criatura que parece descendida del cielo por la belleza de su rostro, y por la de su alma.

Ella, sin que nadie se lo haya enseñado, cuida de los pajarillos que en el jardín de su casa han colgado sus nidos.

Ella encuentra un placer en socorrer á los pobres de la aldea, que todas las mañanas acuden á la casa donde vive, y les reparte el sustento necesario con la sonrisa en los labios y con lágrimas en los ojos.

Sus padres son las personas mejor acomodadas de la aldea y nunca llamaron en vano á su puerta los mendigos de la comarca.

La niña rubia, que se llama María, ha aprendido desde pequeña á ser caritativa, porque ha visto siempre este ejemplo en sus padres.

María no tiene más placer que el de hacer bien á sus semejantes, que es el mayor placer de este mundo.

María es también muy cuidadosa y muy trabajadora, y todo el día lo pasa ayudando á su madre en los quehaceres de la casa.

María, pues, con tan buenos sentimientos no podía ver sin pena que las aves de su jardín, tan habladoras durante el verano, tan felices en aquel pedazo de tierra, pudiesen de hambre en el invierno.

Por esto María, la madre cariñosa de los pájaros, que tanto la querían, que siempre revoloteaban en torno suyo dejándose aprisionar entre sus manos, cuando en la primavera repartía entre ellos granos de trigo y migas de pan; María se afanaba más en el invierno todavía porque aquellas aves no abandonaran su casa y no les faltase el alimento.

Todas las mañanas al despuntar el día, cuando aún la ventana del cuarto de la niña permanecía cerrada, todos los pájaros de la comarca acudían presurosos á colocarse en las ramas secas de los árboles que rodeaban su casa.

Apénas la luz del alba se introducía por las rendijas de la ventana, María abandonaba el lecho, y con el cabello tendido sobre la espalda, salía á saludar á aquellos pajarillos, que al verla se precipitaban á su lado, entonando alegres cantares.

Y María, dichosa, en medio de aquel enjambre de pajarillos que se esforzaban por hacerla entender su cariño, repartía la comida que les había dispuesto, riendo como una loquilla cuando al ofrecer una miga de pan, puesta en su boca, acudía algún ave á cogerla con su pico.

Así pasó todo el invierno, y así las pobres aves no tuvieron que temer á la muerte.

III.

Llegó la primavera.

Las aves agradecidas no se separaron del jardín de María. Todas las mañanas venían á despertarla con sus trinos, entraban en su habitación, la acariciaban con sus alas y volvían á sus nidos, ó á cruzar el cielo entónces alegre.

Ninguna tarde al caer el sol, cuando los pájaros se retiraban á sus nidos, se olvidaban de ir á saludar de nuevo á su generosa protectora, que ya las esperaba en su jardín.

La gratitud no es sólo patrimonio de las almas buenas. También las aves saben expresarla, y las que María cuidaba con tanta solicitud, no podían demostrarla de otro modo que con sus continuos gorjeos, con sus repetidas caricias y con el afán que tenían en destruir los insectos que en torno de la niña zumbaban.

Una tarde una serpiente de la montaña había logrado introducirse arteramente en el jardín de María.

María estaba sola. La serpiente, arrastrándose silenciosa, había llegado hasta el banco de piedra donde la niña estaba haciendo labor.

De repente la víbora se presentó á María, y se dispuso á clavar en un

brazo de la niña su venenosa lengua.

María lanzó un grito de horror y corrió á ocultarse en su casa.

La serpiente la persiguió.

La puerta de la casa estaba cerrada, y María creyó que iba á ser víctima del asqueroso reptil.

Entónces fué cuando pudo recoger el fruto de sus continuos beneficios.

De pronto todas aquellas aves, apercebidas del peligro que corría su protectora, y sin pensar á qué se exponían, se lanzaron apiñadas sobre la cabeza del reptil, destrozándole á picotazos.

María se vió libre de una muerte segura, y dió gracias á Dios, mientras las aves á su lado revoloteaban alegres, porque habían podido pagar sus beneficios á la niña de cabellos de oro.

No hay beneficio que sea estéril.

El placer de hacer una buena acción no tiene semejante.

No hemos de mirar á quien protegemos. Tarde ó temprano el ser más insignificante de la creación sabe devolver el beneficio con creces.

Sembrar el bien sin mirar dónde, es recoger algún día larga cosecha de felicidades.

Dios lo ve todo, y Dios devuelve ciento por uno.

RICARDO SEPÚLVEDA.

JEROGLÍFICO

